

El primer día de escuela

por Mercedes Neuschäfer-Carlón

Unos golpecitos en la puerta. —¿Se puede? —La madre apareció en la clase y se acercó a la mesa de la maestra.

—Querría traer a mi niño a la escuela, es algo pequeño, ¿sabe? Tiene sólo 5 años; pero en el Kindergarten no hay plaza y nosotros pensamos que estaría bien que se acostumbrase un poco al colegio. Además, el pobrecín está todo el día muy solo. El padre trabaja, yo también, y aquí no puede entenderse con los otros niños. Le trajimos de España hace una semana...

—No sé, no sé —la maestra pasó la mirada por la clase—. Tengo muchos alumnos, ya lo ve, y el niño no está todavía en edad escolar. Apenas voy a poder atenderle y si enreda o molesta...

—¡Qué va, señorita! Eso sí que no, no se mueve apenas y es muy buenín. Ya lo verá usted —aseguró la madre.

—Bueno, ande, tráigalo y probaré; pero ya se lo digo ahora, si estorba a la clase, no puede volver. ¿Me dice su nombre?

—Francisco Javier Martínez del Río.

La profesora anotó el largo nombre en su cuaderno.

Al otro día se presentó Francisco Javier en la clase. Era un chiquillo guapo de verdad. De sedosos rizos negros y cara sonrosada. Venía, además, muy bien arreglado. Pantalón corto azul marino. Blusa y calcetines blancos. Zapati-

tos rojos, haciendo juego con la cartera del colegio, roja también. Todo nuevo. Las piernas recién lavadas y bien frotadas; el pelo oliendo a champú y a colonia fresca.

Daba gusto verle y olerle.

Muy serio se sentó en el lugar que le indicó la profesora. Era el último pupitre de la clase. Abrió la cartera, colocó sobre la mesa su cuaderno y el estuche de lápices, todo bien derechito. Sacó luego unas gafas de concha oscura y se las puso. Le daban aspecto de intelectual. Y, en silencio, esperó.

Después de un rato, se acercó a él la maestra. Traía una cuartilla, de líneas y cuadritos tenués, azul celeste.

—Vas a aprender a hacer la o —le dijo—. Verás, hago un redondel en este cuadrito y ya está. Bien redondita, tiene que tocar todos los lados del cuadro, así, ¿eh? —y la maestra hizo todavía otra o preciosa, igual que una pelota.

—Ahora tú, a ver cómo la haces —dijo luego.

Francisco Javier tomó el lápiz y... ¡qué difícil era! El redondel se salía del cuadro; el redondel se quedaba pequeño en un rincón; el círculo tocaba solamente el cuadro arriba y abajo y quedaba feísimo, como un huevo flacucho; el redondel, quién sabe por qué, se había subido a otro cuadrado. La profesora miraba.

—No, así no. Todos en la misma fila, bien seguiditos —la maestra hizo tres

oes preciosas, todas ellas en su debido sitio—. ¿Ves? Así, como yo lo hago. Ahora tú solo.

Francisco Javier trabajaba en silencio y su cartilla iba llenándose de muchas oes, bastante feas todas. Si una le saliese como las de la profesora... Una, una al menos. Pero cuando la hacía con mucho cuidado, resultaba temblorosa del todo. Al fin, una le salió bien; lo malo era que se había subido al cuadrado de arriba y así no valía. Siguió escribiendo. La página estaba ya casi llena. Francisco Javier dejó, un momento, su tarea y suspiró. Le salió un poco fuerte el suspiro y, como la clase estaba entonces en silencio, los niños, riendo, volvieron sus caras hacia él. La maestra sonrió y le dijo:

—Anda, sigue.

Francisco Javier continuó haciendo oes hasta que terminó la página. Algunas le hablan salido ya un poco mejor; la última sobre todo —en ésa había puesto especial cuidado— hasta se parecía a las de la maestra. Con un suspiro silencioso dejó su trabajo.

Llegó la hora del recreo. La clase se llenó de ruido de sillas, de voces, de risas, del crujir de papeles de bocadillos...

Francisco Javier no se movió de su sitio. Abrió el cabás rojo de cerraduras doradas y, de él, sacó un bocadillo de salchichón y un cuadrito de cartón con zumo de naranja. Comenzó a comer y, de vez en cuando, a beber del zumo con



JACK MIRCALA

una pajilla. Todo le sabía muy bien a Francisco Javier.

Cuando terminó, volvió a suspirar. La maestra levantó entonces la vista de unos cuadernos, que corregía.

—¿No quieres irte a jugar con los otros niños?

Francisco Javier la miró sin contestar.

Una chiquilla apareció entonces en la clase.

—María José, llévate este niño al pa-

tio. Que juegue un poco —dijo la profesora.

Al cabo de un rato, la maestra dejó los cuadernos y se asomó a la ventana.

Vio a Francisco Javier que caminaba solo, serio, muy serio. Se acercó luego a un cuadrado de tierra, dentro del cemento del patio, donde estaba plantado un árbol. La tierra estaba cubierta en parte por guijarros. Francisco Javier cogía los más chiquitines y, envueltos en su pa-

ñuelo, los guardaba en el bolsillo del pantalón.

Luego, serio también, corría en círculo con otros pequeños. Poco antes de llamar a clase, vio la profesora, por vez primera, un asomo de sonrisa en los labios de Francisco Javier, mientras le decía a una niña a la que había alcanzado:

—Te pillé.

Todos los niños volvieron a la clase. La maestra se dedicó al fin a mirar el cuaderno del pequeño.

—Trabajaste mucho. Está bien, bastante bien para ser tu primera página —dijo y pasó a la siguiente—. Ahora me vas a hacer un renglón todavía con unas oes tan bonitas como las últimas que hiciste. Y, más abajo, comienzas ya con la i. Mira, bien derecha como una vela y con un puntito encima, así, como ésta, hasta terminar la página.

Francisco Javier comenzó con las oes. Le salían ya bastante mejor y estaba contento. El bocadillo y el zumo le habían gustado mucho. En el recreo había jugado y corrido con niños. Y a esos niños les entendía él. Y unas niñas mayores le habían sonreído y comentado luego, entre sí: «¡Qué mono es!». Él lo había oído.

Francisco Javier, satisfecho, suspiró de nuevo con cuidado, muy bajito.

Empezó con las íes. Era más fácil. Algunas se subían algo más de la cuenta sobre la línea; otras se torcían un poquitín.

Pero bueno... Francisco Javier seguía llenando el blanco espacio de velitas, lo más derechas posible, con sus puntitos encima. Llegó, sin embargo, un momento en el que comenzó a sentirse incómodo. Cada vez que ponía un puntito, ¡huy! Con cada velita, ¡ay! ¿Tenía la culpa la vela o el puntito?

Dejó de escribir; pero no se sintió entonces mejor. Peor, peor se sentía todavía. Inquieto se meneaba en el asiento con un pequeñísimo balanceo del que nadie podía darse cuenta.

Miró hacia la profesora.

—¿Te has cansado ya, Francisco? —le preguntó ésta.

Volvió el niño a escribir. A ver si así se distraía; pero, ¡qué va! Cada vez se sentía peor.

La vela le provocaba. El puntito, más todavía.



JACK MIRCALA.

No podía aguantar más. Su inquietud era insufrible. Dejó de escribir y entonces... cedió un poco —sólo un poquitín quería él—; pero, una vez que había comenzado, ya no podía parar. Se sentía mejor, liberado al fin. Bajo sus pies estaba un pequeño riachuelo, que se iba extendiendo.

«Es agua que ha salido de entre las rendijas de la madera», quiso pensar Francisco Javier. Y luego: «Es un río, claro, limpio; pero no, no era limpio ni claro. Era amarillo. Aunque... ¿tenía necesariamente que ser, por amarillo, sucio el río? ¿No podía estar amarillo por

llevar entre sus aguas, pepitas de oro?».

Francisco Javier vio, en un campo verde y florido, un pequeño riachuelo. Los niños y las niñas de la clase se refrescaban y recogían agua en sus pañuelos. El agua se iba filtrando y dejaba allí pequeñas pepitas de oro, amarillas. También la maestra corría al río. Se había quitado el pañuelo, que llevaba alrededor del cuello y, con él en la mano, entraba en el arroyo a recoger oro también. Y estaban todos muy contentos.

Y estaban todos muy contentos.

Pero de pronto:

—¡Profesora, Francisco Javier se ha hecho pis! —dijo, riendo y con un poco de asco en el gesto, la niña que estaba sentada en el pupitre de delante.

Todos los chicos volvieron hacia él sus ojos. Unos reían; otros, los más chicos, le miraban con reprobación. Francisco Javier sentía sobre sí todas las miradas.

La profesora se acercó. El niño trataba de tapar el líquido con sus zapatitos rojos, tan nuevos. Su cara estaba ahora un poco roja también. Por lo demás, seguía serio, con la cabeza gacha, un poco metida entre los hombros; sin hablar, sin reír. Y sin llorar.

En la clase se había armado un gran revuelo.

«¡Vaya! ¿Cómo se me habrá podido ocurrir dejar venir a clase a un niño tan chico? Estos pequeños no están todavía en condiciones... Y... ¿qué hago ahora?», pensaba, disgustada, la profesora. Luego, dirigiéndose a una de las niñas mayores, dijo:

—Isabel María, guapa, llévatelo, por favor, a los servicios y mira si está todavía la señora de la limpieza y puede venir un momentito.

Cuando, bastante después, volvieron Isabel y Francisco Javier, la limpiadora había echado ya serrín en el suelo y recogía la madera mojada. Era una señora mayor que bien podría ser abuela del niño. Cuando terminó, le miró y, al verle tan serio y tan mono, sonrió y, acariciando sus rizos sedosos, negros y perfumados, dijo:

—Hier ist nichts passiert. (Aquí no ocurrió nada.)

Francisco Javier no pudo entenderla; pero, de seguro, comprendió el tono de su voz y su sonrisa.

—No hizo más en el váter —informó

Isabel María—. Ya le limpié los pantalones por abajo con un poco de agua y jabón. Ahora está algo mojado...

—No importa, hace calor —dijo la profesora.

Y luego, dirigiéndose al niño:

—Para otra vez ya sabes dónde están los servicios. No tienes más que levantar la mano y pedir permiso.

Francisco Javier la miró con asombro en los ojos.

—Y ahora, ¡ale! A ver si terminas la página de las íes —le dijo sonriendo la maestra.

Francisco Javier respiró otra vez muy bajo, antes de comenzar. Ahora ponía aún más empeño en que saliesen bien derechas para que la profesora se alegrase y, ¡qué bien! Ni la vela ni el puntito le inquietaban ya. Terminó y esperó en silencio un buen rato. Al fin la profesora se acercó.

—¿Están bonitas? —preguntó Francisco Javier, tímidamente, levantando hacia ella los ojos con ilusión y con un poco de agradecimiento, quizá también.

—Sí, sí, muy bonitas. Las últimas, sobre todo.

—Fueron las de después —explicó Francisco Javier.

La madre llegó a recogerle.

—No estorbó, ¿verdad? —preguntó con algo de miedo—. Ya le dije yo que tenía que estarse bien quieto y bien callado, sin moverse de su sitio. Que si no, usted no iba a quererle. ¿Puede volver otro día?

Tardó un momento en contestar la profesora. Luego dijo:

—Sí, puede volver. Estuvo muy callado, muy aplicado, muy quieto, no se movió de su asiento —la maestra sonrió—. Otro día hasta puede moverse un poco más...

Y, cambiando de tema, añadió:

—Anda, enseña a tu mamá las íes esas tan bonitas.

Francisco Javier sacó el cuaderno y se lo mostró a su madre. Mientras ésta lo miraba, un rayo de sol del atardecer entró por la ventana y se posó sobre la nariz de Francisco Javier.

—¡Atchís, atchís! —estornudó el pequeño y enseguida sacó de su bolsillo un blanco pañuelo enrollado. Lo abrió sobre la mesa.

¡Pepitas de oro brillaban al sol!